

señora me separó del tallo y me puso en un florero con agua.

Luego se sentó a contemplar mi belleza y me dijo:  
– Te convertiré en una dalia eterna, que jamás se marchite para que adornes el cabello de una hermosa muchacha y te luzcas en las fiestas. Todos te admirarán. – Entonces sacó una caja de perlas nacaradas, hilos plateados y cuentas brillantes. Trabajó con ahínco y poco después me vi fielmente retratada en colores blancos y plateados. Quedé como soy ahora y jamás me marchitaré.

– Yo, dijo otra vocecita, fui un jazmín de verdad. Eso fue hace mucho tiempo. Me ocurrió igual que a la dalia. Ahora con frecuencia adorno las sienes de una bella joven y voy a los bailes con ella.

Otra de las flores explicó:

– Yo soy la mosqueta. Estoy inspirada en una rosa pequeña, que tiene muchos pétalos apretados. Un pequeño resorte me permite bailar con la brisa y la música sin deshojarme. Junto con nosotros está también la flor del guate, la campanilla, la azucena, la malvira y muchas otras.

– Pero debes alejarte de nosotras, si buscas alimento. No podemos dártelo y morirás, le advirtió la dalia.

– Prefiero conversar con ustedes, replicó la mariposa.

Y allí se quedó escuchando las historias de cada una de las flores y otros relatos de hermosas fiestas con música de tambores y violines, flores de fuego que se abren en el cielo oscuro iluminándolo, danzas con amplios vestidos multicolores que se abren como abanicos gigantes.

Pasaron las horas y la mariposa desfalleció, por falta de alimento y se quedó como dormida, al pie del canasto de flores de fantasía.

– ¡Qué bella mariposa!, exclamó una voz humana.

Una mano la tomó con delicadeza y la colocó suavemente sobre un papel de seda. Luego abrió una caja y sacó de ella